

La instancia del nombre en el discurso de la teoría. Las pasiones teóricas de Diego Peller

 Fernando Bogado

Peller, Diego (2016).

Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta. Buenos Aires: Santiago Arcos, 376 páginas.

Al comienzo del libro de Marcelo Topuzian, *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*, tesis de doctorado republicada en la editorial de la Universidad Nacional del Litoral, leemos:

El discurso de la teoría, ese cuerpo de saberes y prácticas que hoy puede ser ya objeto de una mirada histórica reflexiva, nunca dejó de llamar la atención, ofreciéndolo casi como marca definitoria de su propia identidad, sobre su trabajo de desarmado e interrogación de toda noción recibida de sujeto y autor.¹

Tenemos en esta cita dos marcas que me gustaría destacar como determinantes del discurso de la teoría, a secas, dentro del panorama intelectual y académico argentino. O mejor, sería prudente situar esta reflexión en torno a la producción teórica y crítica en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires en los últimos veinte años. La primera marca tiene que ver con un movimiento del discurso teórico que ha empezado a darse en el período temporal que recorto, ese período que va desde mediados de la década de los '90 hasta la actualidad, y que tiene que ver con el progresivo cambio del rol del egresado en Letras. Ese cambio de rol, que podemos identificar como el del pasaje de un modelo de intelectual crítico "setentoso" a un investigador profesional, fue dado por muchas razones, pero quizás sea necesario situarlo en la implementación de los UBACyT y la expansión de la política de otorgamiento de becas doctorales en la primera década del siglo XXI. ¿Cuál es, entonces, ese movimiento que impera en la producción teórica de las últimas dos décadas? El de la "mirada histórica reflexiva", que corresponde a ver los avatares de un determinado saber, sus modos de inserción en determinadas lógicas institucionales, sus modos de resistencia y el espacio intelectual (con sus figuras y sus prácticas) que sostiene.

Pero, claro, esa historia posee un matiz. No hablamos aquí de cambios institucionales dados por una lógica de modificación estructural que dejaría de lado al hombre como agente de cambio, sino todo lo contrario. La "mirada histórica reflexiva" que abre el estudio de Topuzian es una aplicada sobre determinadas figuras puntuales, nombres propios que conviven o se van pasando la posta entre período y período. Por eso, aquello objeto de un proceso de "desarmado e interrogación" que caracteriza al discurso de la teoría es el "sujeto y autor". La teoría tendría dos puntos muy claros en lo que corresponde a su caracterización: primero, opera como una mirada histórica reflexiva sobre sujeto y autor, pero (segundo), sólo con el objetivo de revisar las condiciones de emergencia en la cual estas categorías se han instalado. *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta* de Diego Peller es, precisamente, un trabajo que va en esta sintonía: es una indagación histórica sobre los modos de constitución de un discurso acerca del "sujeto" en tanto constructo discursivo, constructo que a su vez, reflexivamente, es auto-dado por el propio hombre.

El período que recorta Peller en su libro va, precisamente, desde los finales de la década del '50 hasta comienzos de los '80, estableciendo como momentos claves de ese recorte la modernización de la crítica literaria argentina vía *Contorno*, o mejor, vía David Viñas; hasta la institucionalización del discurso de la teoría con la renovación democrática del '84-'85 en la Universidad de Buenos Aires, que vio nacer cátedras fundamentales dentro del plan de estudio vigente como las tres teorías literarias, con sus respectivos nombres propios adosados: Pezzoni, Panesi, Ludmer y Rosa. En este segmento histórico, el discurso de la teoría, al no confluir en un texto determinante, al no cerrarse al espacio académico, circuló de manera fragmentaria, pero no por eso menos urgente, en publicaciones periódicas, obras literarias o, incluso y sobre todo, nombres que funcionan como sinécdoques de un saber. Así funcionan Masotta, Sarlo, Piglia, Altamirano, el ya citado Rosa o Gusmán. La necesidad

¹ Marcelo Topuzian, *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2014. p. 5.

imperiosa de un discurso teórico sumado a la falta de una positividad fija, estanca, en estos dos espacios comentados (el gran “libro de teoría” o la gran “cátedra de teoría”) invita a una reflexión que Peller presenta ya en el título. Falto de cierre, la teoría circula con el compromiso y la fuerza de una pasión. El concepto de “pasión por lo real” que Alain Badiou utiliza para caracterizar al siglo XX² se transforma, aquí, en una “pasión por la teoría” que caracteriza la larga década del ’70 sobre la que vuelve Peller.

Pasiones teóricas construye su principal hipótesis en espejo a una tendencia crítico-teórica fuertemente apegada a esta mirada reflexiva sobre el pasado. La idea de que la década del ’70 poco tenía que ver con estos “nombres propios” y sí mucho con las “ideas” puede perfectamente encontrarse en trabajos como *Tiempo pasado* de Beatriz Sarlo o *Nuestros años sesentas* de Oscar Terán. Y la respuesta de estos textos tiene que ver con el llamado “giro autobiográfico” que se registra tanto en la producción literaria como teórica y que ha tenido, en el concepto de Alberto Giordano, un mojón de importancia. Contra el giro autobiográfico, entonces, la respuesta de los protagonistas de la época, que reclaman y añoran un momento con menos yoes y más “ideas”, esto último, lo que se presenta del lado opuesto a lo estrictamente subjetivo. Peller desarma con astucia, y desde adentro, este tipo de reacción (¿conservadora?) al revisar de qué manera la “pasión por la teoría” supone, necesariamente, una fuerte incidencia de yoes, de posicionamientos, que encuentra en la lógica de la sospecha su *pièce de résistance*; algo que ya retomó Badiou para considerar las recolocaciones y purgas al interior de la izquierda. Leemos en Peller:

[La] *Pasión por lo real* [...] tiene como correlato necesario una pasión por la teoría, en la medida en que sólo a través del distanciamiento que la teoría instaure entre el sujeto y su “propio” lenguaje es posible realizar la operación de auto-examen que la auto-sospecha demanda. Teoría es el nombre de esa distancia de sí a sí, de ese hiato que permitiría al sujeto desmontarse en tanto semblante. Y desmontaje ideológico es, justamente, uno de los nombres privilegiados de dicha operación que, por otra parte, y para ser tal, debe ser sostenida hasta sus últimas consecuencias.³

Ese vacío impuesto por la operación de la “teoría” como nombre de una auto-distancia ofrece también

² Alain Badiou, *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

³ Diego Peller, *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los sesenta*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2016. p. 238; bastardillas en el original.

la posibilidad de otra práctica que va a caracterizar, desde ese momento y en adelante, a toda operación dentro de la teoría, o sea, a toda operación “auto” (en la medida en que *es* teoría y *está* en la teoría): la performance crítica. Bajo la bandera de Masotta, recuperado como gran nombre que funciona como sinécdote de este constante auto-enjuiciamiento, vemos desplegarse la necesidad de completar los lugares de vacancia con ejercicios firmados, con “nombre propio”, que operan también como modos de identificar corrientes de pensamiento tan absolutamente particulares que, como nos ha enseñado en más de una oportunidad cierta izquierda nacional, son grupos o escuelas de una sola persona.

El sujeto enjuiciado por sí mismo, en la práctica de los ’70, daría paso a un matiz que altera el nombre de sujeto hasta el punto de hacer emerger, con sutileza, otro tipo de agente: el “sujeto crítico” que no sólo completa el hiato que va de sujeto a sujeto, de sujeto 1 a sujeto 2 o “sujeto crítico”, sino que también llena un vacío institucional de urdimbre histórica en un sentido más estructural que personalista. Remarca Peller:

El sujeto crítico se sitúa así en muchos casos en el lugar de una carencia o una precariedad de la institución crítica, y la “suple” con un gesto memorialista, en el que narra las peripecias personales e intelectuales por las que pasó, por ejemplo, de Sartre a Lacan (es el caso de Masotta). [...] ¿No podría afirmarse que a través del recurso autobiográfico, del gesto “auto-”, el sujeto crítico no se “pone en crisis” sino que se erige, se consolida, se construye a sí mismo? Sí, me reconozco, ése soy yo: aquel que no cesa de ponerse-en-crisis a sí mismo, aquel que no deja interrogar-su-propio-discurso, exclamaría, seguro de sí, el crítico.⁴

Tanto la “operación Masotta” como los avatares de la revista *Los libros* aparecen bajo esta lógica, en donde un obligado auto-examen, que encuentra en la política el espacio de dación de certidumbre, de relevancia histórica, de legitimidad, obliga a transformaciones o hasta a “purgas”, termino general del cambio de orientación del primero y de las transformaciones del consejo editor de lo segundo (pienso, aquí, sobre todo, en el alejamiento de Héctor Schmucler y de Ricardo Piglia de *Los libros*).

Este modo de constitución de lo subjetivo, presa de una “pasión” (término con poderosos ecos sartreanos o, en clave nacional, casi diríamos contornistas), no

⁴ Ídem. p. 120; bastardilla en el original.

es una operación que empieza y termina en los '70. Muy por el contrario, se insiste una vez terminado el período en otros espacios en donde reverberan los tañidos de la teoría ya entrados los '80 y hasta los años del siglo vigente. Pero la principal línea de "reverberación" de esos '70 en un momento que excede a la larga década recortada es parte de una operación que insiste, un tanto tangencialmente, en todo el enfoque de Peller. La idea de una "popularización" de la teoría, movimiento que va de la mano de un deseo institucionalista que se cumpliría, al menos, parcialmente, con el retorno de la democracia y la ya mentada reorganización universitaria. A la hora de hablar de la revista *Babel*, por caso, las consideraciones son bastante similares a las que encontrábamos en la polémica "flexión *Literal*" y la recepción de la literatura escrita por sus colaboradores. Acota Peller:

Babel procurará llevar adelante [...] convertir en asuntos de "interés público" debates o cuestiones en principio pertenecientes al ámbito de ciertas disciplinas universitarias (como la teoría y la crítica literaria). Así, *Babel* postula para esos problemas específicos de un ámbito académico o profesional, una relevancia mayor, un alcance público y por ende político.⁵

Lo que la mayoría lee como gestos endogámicos, de lo académico hacia adentro, Peller lo lee como desborde, a través precisamente de ese gesto "auto" de cargado narcisismo que, también, se concentra en las performances teóricas de esos nombres propios que regresan con insistencia a la hora de pensar la disciplina. El modo de "lectura hacia fuera" es una "lectura hacia adentro", tópicos que nos vuelven a recordar otro nombre, la otra firma que flota a lo largo de todo el libro, que es la del Derrida gramatológico (vía Panesi).

¿Cuál es la "pasión" de *Pasiones teóricas*, ahora sí, agotado el panorama de lo que podemos decir en un acercamiento al texto? Tengo para mí una idea que podría resultar interesante. En la medida en que la mayor confrontación que lleva adelante es contra las lecturas de los '70 del presente que se presentan como neo-conservadoras, en la medida en que buscan retener un prestigio de la década en función a su testimonio personal (Sarlo), Peller ejerce aquí una avanzada (neo) populista que insiste en personalismos y en movimientos desde la academia hacia lo social, lo cual revela el matiz claramente político de este detallado repaso y análisis de las tendencias teóricas y de ciertos avatares

del período. Es "populista" en la medida en que propone una lectura racional de un conjunto de "goces" y "desbordes" que sólo corresponden al plano irracional de los sentimientos, y que caracterizaron toda una producción teórica fragmentaria que sobrevive por su fuerza y por la fuerza misma con que esas personas niegan o recuperan lo hecho en el período (otra vez, bajo una remozada fuerza de auto-enjuiciamiento). Es "populista" porque sólo puede ser personalista, armando una historia de nombres propios que se van sucediendo: se es partidario de Viñas o de Masotta (y hay que ver con cuál de todos los Masotta); se lee desde Panesi; se planta en contra de Sarlo... Y esos nombres propios no son meros organizadores discursivos al estilo de Foucault, sino nombres biográficos cuya propia escritura vital, de sí, patente en diversos testimonios personales, ocupa un lugar tan importante como sus artículos en revistas o posteriores libros publicados. Y, finalmente, es "populista" porque siempre hay un regreso hacia lo social que permite entender la larga concentración en lo académico como una posta obligatoria para entender la manera en la cual hay un diálogo abierto entre la producción teórica repleta de tecnicismos y lo contingente en un sentido extra-académico. Lo cual no significa que haya una eliminación de la diferencia entre los espacios, sino un intercambio abierto, productivo, que insiste en la jerga crítico-teórica como mediación (algo que, después de todo, no es otra cosa sino razonamiento demorado, pausado, y no mero salto).

Pasiones extendidas

La teoría literaria, en su modalidad argentina, no puede desprenderse, entonces, del "nombre propio". Por eso, la idea de performance como núcleo central del discurso de la teoría incumbe la fuerte presencia de una subjetividad operante que pone en duda sus propias condiciones de emergencia. La posibilidad de pensar a ésta como la marca distintiva de la teoría literaria nacional ya supera los límites mismos de las afirmaciones de Peller, pero no las del lector (o de nuestra lectura). Y es que, aún en debate en torno a la figura del teórico o, mejor aún, del crítico como "investigador", hasta una mirada dueña de una supuesta objetividad cientifizante no puede negar la importancia de esta articulación performática propuesta por la crítica argentina.

Quizás, la nota de mayor interés para esa posible extensión de las observaciones de Peller sea el comentario en torno al cruce de "Walsh con Masotta", subtítulo del libro que propone una operación "conjetural" que deja entrever las posibilidades del concepto de "pasión teórica". El camino de Walsh hacia la

⁵ Ídem. p. 277

militancia montonera y el de Masotta en dirección de la progresiva profesionalización de su discurso operan como las dos caras de la misma moneda en la década del setenta: la mostración de una forma pura de abandono, que no es otra cosa que la apelación a una lógica de escritura que insiste en ambas instancias. “[...] marcharse, dejar una marca, y luego partir hacia nuevos territorios, volverse otro”.⁶ Ahí está el ejercicio característico de la década, un vaivén que sólo puede sostenerse en la apelación a la trayectoria individual. Precisamente, el nombre de autor, el nombre propio, es en realidad el síntoma de este ejercicio. Por eso esa supuesta variante francesa de la teoría literaria, que supuestamente le otorga un gentilicio polémico a la versión local de la teoría, tenderá siempre al discurso psicoanalítico: teoría literaria y psicoanálisis, en su versión estrictamente argentina, es siempre una indagación sobre los desbordes y descontroles del nombre/la letra. La nota al pie de Peller en donde recupera la discusión con Guzmán en torno a este cruce imposible de Walsh y Masotta es la evidencia de que se está rozando una zona compleja, prohibida o prohibitiva, que pone en peligro la clave interpretativa contemporánea de los testigos de los hechos. Argumenta Peller:

En todo caso, si nos atenemos al lugar desde el cual Guzmán escribe su artículo y enuncia su crítica (“Como amigo, como lector de Masotta, como parte de esa generación...”), que es el mismo lugar desde el que enuncia su semblanza de Lamborghini [...] podemos deducir que el principal motivo del rechazo que le producen estas “nuevas lecturas”, que proponen conexiones inesperadas (“desopilantes”) entre figuras percibidas como inconciliables, es el escándalo o la reacción ante la mezcla de aquello que debería permanecer separado, la puesta en suspenso de la moral de toda una época.⁷

Por eso, páginas más adelante, el problema de la autonomía literaria, como clave para poder realizar esta “extensión” de la “pasión por la teoría”, vuelve a ser invocado a través del nombre de Walsh, esta vez contrapuesto a Germán García⁸. Mientras que para el

primero la autonomía literaria se pierde bajo la perspectiva de una intervención política directa, para el segundo, el “avasallamiento de la teoría”, la posibilidad de que el discurso teórico intervenga y amplíe las miras de la lógica literaria, es también una forma de disolución, sólo que bajo otra lógica que impacta, a nuestro juicio, en los debates actuales en torno a la (pos)autonomía. O la autonomía se supera como parte del ejercicio de un discurso de naturaleza estrictamente política, o la autonomía se amplía hasta el punto de que se pierden los límites, los alcances, y todo pasa a ser un problema literario. Gran apuesta la de Peller, en ese sentido: brinda las herramientas para que esta última posibilidad se imponga sobre la primera.

Los debates actuales en torno a la vigencia del discurso de la teoría han adoptado, sin lugar a dudas, un tono “memorialista”: se revisa el pasado para ver, hasta qué punto, se puede todavía sostener una discursividad semejante. El problema es que esa operación no deja de ser, estrictamente, teórica: generar, por “exceso de teoría”, un momento disolutorio es, aparentemente, un rasgo de la teoría “criolla”. Lo único que habría que poner en discusión es si la lectura de Peller es parte del ejercicio memorialístico que revisa las condiciones de posibilidad de lo teórico o si, muy por el contrario, es todavía parte del mismo impulso de la teoría “setentosa” del cual ningún discurso teórico local puede desprenderse. O se está más allá, y se recuerda con nostalgia; o se insiste, a fuerza de recuperar y actualizar, con la base misma de ese discurso. Me inclino a pensar más esto último, a volver al texto de Peller con esto como objetivo.

Peller, en *Pasiones teóricas*, lleva adelante un cuidado estudio de los '70 (y sus nombres) para revisar, desde el presente, desde un momento de la investigación en torno a la teoría literaria, la propia lógica de su constitución dentro del campo profesional. Tenemos aquí un juego sublime (un juego que sublima): la propia prosa crítica liberada analiza, contempla y discute todo, hasta sus propias condiciones, sólo para emerger, lastimada, atravesada, pero no por eso menos potente, e imponerse, si se me permite el goce y la exageración, apasionadamente.

⁶ Ídem. p. 90

⁷ Ídem. p. 88-89

⁸ cfr. ídem. p. 177-178